

LA CENA

ALEJANDRO DOMÍNGUEZ ARAÚJO

La cena transcurrió sin más altibajos que otras ocasiones, salvando la diferencia que el vino había circulado sobre las copas con mayor profusión que otras veces. Alguien puso sobre la mesa dos botellas que le habían regalado de un magnífico vino del Duero, mi aportación alcohólica fue a su vez dos reservas de la Rioja que no estaban tampoco nada mal. La cena se celebraba en la casa de la anfitriona, una morena de pelo crespo, rellenita y de bonita cara ovalada, las otras tres, que podemos definir como jóvenes, poseían un rostro bien configurado y un cuerpo, de lo que ahora se da por llamar de gimnasio, todas ellas daban un alegre colorido a la mesa. El resto de los comensales lo componíamos nosotros tres, pero del sexo opuesto. Uno de ellos era un solemne relamido pedante, personalmente a menudo se me hacía insufrible. Por mi parte combatía esta sensación practicando un estoicismo con fingida atención premeditada adobándolo con expresión risueña. Mi pensamiento no podía ser leído, escuchado o sabido, porque no estaba escrito, porque no estaba dicho y porque estaba oculto. Con el otro compañero de grupo tenía amistad y mayores afinidades. Es el que había traído el vino, que se me antojaba de un elevado precio, siendo médico teniendo afán de notoriedad excesiva, a mi forma de ver, orientaba calculadoramente su actividad hacia pacientes adinerados. Estos mostraban su agradecimiento con regalos acordes a sus posiciones económicas, compitiendo entre ellos en los agasajos a su médico que poco a poco iba ascendiendo peldaño a peldaño en la escalera que lo llevaría a convertirlo en un futuro no muy lejano, en el médico de moda. «En lugar de pacientes son clientes lo que buscas y a quienes tratas», le comentaba a modo de chanza, respondiéndome: «En el ejercicio de la profesión médica la distinción entre paciente y cliente es tan sutil que en la práctica van unidos». Sin embargo, no era el estímulo económico la motivación principal de sus actos, la notoriedad, el destacar socialmente, el ser reconocido en la calle o ser tratado con deferencia en el restaurante o en el café donde entrase, eso sí que lo envanecía grandemente. El dinero le gustaba, pero no con ese desmedido afán que los médicos tienen por el dinero, le gustaba el dinero, pero se desprendía de él con la misma facilidad que conseguía adquirirlo. Su compañía, aunque frívola no resultaba desagradable a mi carácter que es un tanto introvertido, pero la del otro se me hacía insufrible. El médico y el engominado pedante, de profesión economista y funcionario, eran buenos amigos desde los primeros cursos universitarios, se conocieron en la residencia estudiantil, del conocimiento pasaron a la amistad y esta amistad seguía perdurando entre ellos.

De las mujeres, que todas ellas se acercaban a la cuarentena, no al final de una cuarentena de lazareto, se acercan a la cuarentena de los cuarenta años, poco tengo que decir, mi conocimiento sobre ellas no pasaba de ser superficial.

La dueña y anfitriona, abogada de profesión después de no haber conseguido superar las pruebas de judicatura, de alegre carácter y sonriente expresión tenía una monótona conversación lineal. De las otras restantes únicamente conocía sus profesiones y que todas ellas se encontraban solteras, tomando por soltera a una de ellas que era divorciada y a otra que mantenía una especie de noviazgo con alguien de Murcia, con el que se veía cuando el cometa Halley era visto por ojos humanos sin ayuda de telescopio astronómico.

La cena consistía en un rico paté de importación francesa, original detalle de la anfitriona, el resto de los manjares, por llamarles pomposamente, habían sido encargados de un telefonazo a un restaurante chino local. El vino se trasegó, ellas no consentían ver sus copas vacías, ellos tampoco, yo el más comedido y poco bebedor de alcohol, alternaba dos vasos de agua con una mediada copa de vino. El ambiente más que chispeantemente alegre se había tornado en uno de juego de artificios, llegando en ese estado de liberadora euforia a los postres sabrosos, a decir verdad, los comimos acompañando la sobremesa con algún licor, del que más que beber mojaba yo mis labios. Todos lo bebían, con graceja distinción, excepto una de las muchachas y el médico que se preparaban a gusto combinados de agua tónica con ginebra. Digestivo le llamaban. No dejaba yo de verme como un asombrado pasmarote, admirando la resistencia corporal ante la ingesta de alcohol que se echaban al colete. No apreciando visibles exteriorizaciones de ebriedad, exceptuando las del médico, con la autosuficiencia que le proporcionaba la notoriedad de su profesión, llevaba la voz cantante sostenida con frases de su hablar empalagoso, las mujeres participaban haciendo unas las veces de coristas y otras las de soprano. Por mi parte, mi naturaleza recatada y al no soltar mi lengua a pacer impulsada por el vino, licores y digestivos, no representaba entre aquellos reunidos nada destacable, poco menos que se me ignoraba. No me sentía molesto por esta actitud, a ella como a otras similares estaba acostumbrado sin embargo debo mencionar que nunca se me había dejado de lado y a todas las cenas siempre fui invitado. ¿Por qué? No puedo decirlo a ciencia cierta, pero mi presencia no les era molesta, ni mis largos silencios eran tenidos en cuenta ante la sempiterna cháchara intrascendente. Cuando hablaba mis palabras solían dar un giro a la conversación como si abriese un nuevo camino por el que pudiese discurrir, instaurándose un breve silencio, para seguir las chácharas por ese nuevo y abierto derrotero. Fuese como fuese, me reía para mis adentros de la simpleza de quienes me rodeaban. La mayor parte del tiempo, además de comer y escuchar, lo pasaba observando los gestos y movimientos de los brazos, de las manos, las estridencias de las voces y sobre todo la gimnasia facial. La gimnasia facial, esos gestos de los rostros unas veces realizadas sin miramientos y otras veces realizados tan sutilmente que

alguien que no fuese un experto en su estudio o no estuviese acostumbrado a la directa y rápida observación que mi profesión de dibujante y diseñador gráfico requería, los pasarían desapercibidos.

Con los chistes, incluyendo los de dudoso gusto y a veces dudosa conveniencia, sin poderlo evitar, me reía, lo hacía con ganas debo reconocerlo. Me reía no por el chiste en sí, sino por la situación, lo que producía una contagiosa hilaridad colectiva, rayana en la histeria. Esto ocurría cuando los vapores alcohólicos se manifestaban comenzando a eliminar filtros de las mentes. Por lo demás no pasaba yo por un destacado personaje en dichas reuniones congraciándome finalmente, eso sí, porque a menudo realizaba algunos dibujos en un pequeño bloc que posteriormente les ofrecía como regalo, confiriéndome cierta aureola de artista.

Vaciadas las botellas de vino, bebido el licor y los digestivos con ginebra, se alzaron hasta su punto álgido las desinhibiciones abriendo puertas, y ventanas también, a los inmanifestados deseos.

La conversación, como en estos casos sucede, derivó paulatina y sesgadamente hacia lo sexual. Digo paulatina y sesgadamente por decirlo con suavidad, normalmente sucedía sin transición previa alguna, dirigirse al sexo en su forma sugerentemente descarnada como tema de la más interesante preocupación.

Esa noche mientras hablaban, cada cual cómo podía, permití que mi lápiz deslizase líneas sobre las blancas hojas, los trazos sencillos, rápidos, concisos, apuraban perfilando las figuras de cada dibujo, abocetadas la mayor parte de ellas.

Una de las mujeres, no recuerdo cual, sin miramientos ni modales, porque la bebida se los había sustraído como franquicia de pago, cogió el cuaderno de mis manos y pasando las hojas contemplaba los dibujos.

Sus ojos adquirieron repentinamente un brillo húmedo, el cuaderno fue pasando de mano en mano y de ojos en ojos. Representaban los dibujos esbozos de mujeres desnudas en posiciones diferentes, algunas de ellas emanando buenas cantidades del subyacente erotismo incrementado por la parte no explícita de lo dibujado.

Con el ambiente altamente erotizado, dieron rienda suelta a todo tipo de comentarios y consideraciones, comentarios y consideraciones que aproveché para sugerir que podría dibujar desnuda en la posición deseada a una de ellas, elegida por sorteo entre las cuatro. Lancé la sugerencia sin la mayor intención, como frase dicha sin más. Mi sorpresa fue grande cuando aceptaron la propuesta casi instantáneamente al haberla escuchado.

Sortearon un número, tímidamente les dije que a la afortunada debía serle retirada la ropa con la ayuda de sus compañeras, indicaciones que entre risas fueron alegremente aceptadas de nuevo.

La elegida, eligió a su vez la prosaica postura yacente de la maja desnuda, dibujándola con precisas líneas, las líneas de su bien configurado cuerpo debido a una no muy gruesa capa de tejido adiposo. Añadí además varios duendecillos que con pícaro expresión la observaban con ojillos alegremente obscenos.

Presentado el dibujo quisieron las otras brindarse como modelos, a lo que me negué rotundamente. «Un premio es un premio, el azar ha elegido a una de vosotras no a todas», les dije. Una cierta envidiosa competitividad exhibicionista surgió repentinamente entre ellas, cuando esto ocurre, la mente de una mujer se torna en una creativa máquina.

«Bien está que se respete la suerte dada, nosotros como contrapartida os lanzamos a los tres un desafío, en la cena que hagamos la semana próxima, traed hecho cada uno de vosotros una pequeña narración. Nosotras haremos de jurado, al autor que más nos guste, se le concederá como premio a una de nosotras con la que podrá juntar su pecho». Una de ellas añadió: «O vuestro pecho con una de nuestras espaldas». Se alzaron las copas y bebimos, yo no mojé únicamente los labios, permití que el licor se deslizase alcohólicamente dulce por mi garganta, porque el licor tenía un sabor agradablemente dulzón.

Días estuve dando vueltas en mi magín qué podía escribir, cierto es que mi profesión es creativa, pero ser creativo en el diseño gráfico no es serlo en otras cosas. A punto estuve de recurrir a un colega, redactor de publicidad para que me escribiese alguna cosa y entregarlo como mío. Lo descarté porque si salía elegido, era él alguien a quien conocía y quien el premio merecía, era a él a quien le sustruía ese merecimiento, consideraba esta actitud como un robo. Por otra parte, redactar frases publicitarias y escribir una pequeña narración los separa tan abismal distancia, que estaba seguro que no sería capaz de hacerlo. Me puse ante los folios, el blanco del papel se me antojaba un inmenso desierto de nieve, un terror indefinido lentamente de manera imperceptible fue apoderándose de mi hasta convertirse en pánico. Me encontré al cabo de unas horas con varias hojas profusamente llenas de dibujos de los más variados temas. Esa imposibilidad me empujaba a lo que sabía hacer, dibujar. El dibujo, el trazo de líneas era mi fuerte, enlazar palabras una tras otra componiendo una historia según el arte de la narrativa corta, teniendo en cuenta la sonoridad vocal, la potencia de las consonantes, la contundencia de la frase creada, los efectos psicológicos producidos en quien lee ahondando en los substratos de su mente haciéndolos aflorar con multiplicados y

dispares matices. Y el argumento, qué argumento, cualquier argumento valdría, en eso no albergo la menor duda, en su desarrollo se encuentran las numerosas dificultades. Mi profesión es el dibujo y el diseño, podría realizar un cómic, aparecer con él impreso a color y encuadrado. El texto del comic por su sencillez y su escueta concentración resulta muy complicado, con ayuda de un redactor publicitario podría salvar esta dificultad.

Realmente sería impactante por original e inesperado, como contrapartida sería descalificado por no ajustarme a los requisitos requeridos, ser una narración, un cuento, no un cómic.

¿Qué harán los otros dos colegas? El médico no sabría ni encontrar los folios, a lo sumo escribiría con ilegible letra de médico el nombre de un recetado medicamento.

Casi estoy seguro que aparecerá con las manos vacías, es incapaz hasta de llevar un cuento que haya copiado de algún autor, es tan vago que copiarlo le supondría un terrible esfuerzo. Por otro lado, su interés por el sexo se reduce al chiste fácil, soez la mayor parte de las veces y chascarrillos con referencias sexuales. Su actitud con respecto a este tema no pasa de lo dicho, no lo considero homosexual, pero si podría encuadrarlo en un tanto asexuado.

El empalagoso es el único con quien debo batirme, bien mirado tampoco representa ser un gran contrincante, su imaginación es nula, estéril como el paisaje después de una explosión atómica, si algo escribiese sonaría aceitoso y pringoso como la miel. Lo más probable casi puedo asegurarlo es que dirija sus intenciones a la copia de algo ya escrito, presentándolo como suyo. De hacerlo escogerá dejándose llevar por su egocéntrica personalidad, algo afín a su gusto y no pensando en el gusto y preferencias del femenino jurado, que al fin y al cabo habrán de ser quienes dicten el veredicto.

Tendré que jugar arteramente, si quiero beneficiarme o ser beneficiado por alguna de ellas. ¿De las cuatro a cuál escogería? La elección no resulta fácil, una tiene un busto que haría las delicias del continente americano, otra unas piernas y un repostero que culminaría la fantasía de un proctólogo, el cuerpo de otra es todo escultura, otra tiene un rostro y unos labios que son todo sugestiva sensualidad. Llegado el caso, si el caso llegase y distinguido fuese con tan excelente galardón ¿a quién elegiría si el premio no es declarado desierto por falta de calidad? Tengo la esperanza que esto último no suceda, confío en que habré de ser el ganador, sinceramente para mi todas son por un igual de apetecibles, al igual que pensaba Quevedo: «Hay quien desea a la jovencita, yo deseo a la cuarentona que una hora de la noche no perdona».

Transcurrió la semana, llegó la esperada cena, la comida habitual china en catering de motocicleta. Me presenté con media docena de botellas de buen cava catalán, sugiriendo acompañar la comida con el burbujeante líquido. Ni que decir tiene que fue todo un éxito la sugerencia, considerando beber únicamente el cava como algo muy chic. Solamente bebí una copa, los cavas y los vinos blancos en general me producen una incómoda acidez, tocaba en la práctica a botella de cava por cada uno de ellos. Durante la sobremesa con la compañía de los combinados y el licor, bien adobados todos como siempre sucedía, dio comienzo el certamen, no sin cierto expectante nerviosismo y erótica excitación por parte de ellas.

Todo salió como había calculado, el médico presentó excusa tras excusa, que puede resumirse en excusas en plural, por tanto, quedó descalificado con abucheo y malestar del femenino jurado que no se esperaba tal afrenta.

El economista de hablar engominado, extrajo unos folios, leyó muy malamente, produciendo una impresión de desagrado manifestada en los visibles gestos y en los rostros del jurado. Lo leído además de largo era un auténtico tostón. Lo había previsto y así había sucedido.

Llegado mi turno, como el alcohol había hecho su efecto hacía ya tiempo, las condiciones se me presentaban inmejorables, la atención, más por la curiosidad que por mi persona se había elevado al máximo nivel.

Parte de la semana había practicado la lectura en voz alta, ensayando con ciertas inflexiones de voz y trabajando el efecto de las pausas, el silencio también es sonido o al menos en él participa. Mi lectura resultó agradable y grata mi voz, lo leído gustaba por la atención que en los rostros se reflejaba, además fue una narración corta, eróticamente sutil, extremadamente sensual, como al caso venía, y con temática femenina. Al finalizar arrancaron aplausos y bravos como si se tratase de un teatro vitoreando a un reconocido tenor. Todos lo hicieron menos el economista de hablar engominado, que despechado, su rostro adquirió la sempiterna expresión de imbécil que siempre tenía.

El premio me fue concedido por unanimidad, por qué no decirlo, con cierta despertada admiración por mí. Ahora debía elegir, las cuatro mujeres secretamente competían entre ellas, ninguna de las cuatro quería ser la excluida, notaba en ellas esa femenina competencia.

Consciente que no era yo el principal motivo de esa intranquilidad, sino la competición entre ellas, ninguna deseaba ser menos que la otra, no ser elegida, ser una de las tres elegidas, significaba una ofensa, significaba que otra era preferida a ella y

eso una mujer no lo olvida ni lo perdona. No se lo perdona a quien no la ha elegido, ni se lo perdona a la amiga elegida. Repetidas veces con insistencia preguntaban por quién me había decidido, en quién había recaído mi elección, a quién prefería de las cuatro. Es cierto que la mayor parte de las veces se inquiría entre nerviosas risas, pero dejaba yo que el tiempo de decisión, aunque corto, se prolongase aumentando la tensión de la espera en un deseo resolutorio, hasta que la pregunta se formuló seriamente.

No esperaba, dije yo mintiendo como un político, que fuese mi cuento elegido, ni en sueños imaginaba que alguna vez me encontrase en situación semejante, de ahí mi dilación. En cual de vosotras caería mi elección, ahora era sincero, no sabría decirlo, todas vosotras sois para mí, mujeres del mayor atractivo, destacando cada una de vosotras en alguno en particular. Siendo incapaz de decidir, dejo que eso sea resuelto por vosotras mismas que habéis sido jurado y premio al mismo tiempo, quien sea la elegida.

Añadiendo, lo que si rogaría es que la elegida no se considerase destina a Moloc, de ser así la rechazaría y no la aceptaría por mucho que sea el deseo que pueda yo tener por ella.

¿Qué es eso de Moloc?, preguntaron. Es el Dios que exige una virgen propiciatoria. Ese comportamiento queda para las imbéciles y para las deidades de ese mismo calificativo, no para mí.

Se tomaron su tiempo, unas con el licor a vueltas y otras con el digestivo a revueltas, parlotando, parlamentando y examinando la compleja decisión.

¿Cómo había hecho mi bonito cuento? Desvelaré el secreto, sabía que mis contrincantes iban a jugar sucio, decidí hacerlo yo también.

En la página de internet Nuevastentativas, extraje el cuento que tanto gustó y éxito tuvo. Evidentemente eso lo sé únicamente yo. ¿Qué dictaminó hacer el jurado sobre sí mismo? Eso no lo diré para que cada cual escriba el final que su imaginación más le agrade.

FIN